ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYÂT NÂSTI PARO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

FILÓSOFOS ANTIGUOS Y CRÍTICOS MODERNOS

(CONCLUSIÓN)

Parece que Espeusipo enseñó, que el alma psíquica ó tumética es inmortal, como el espíritu ó alma racional; y todo Teosofista comprenderá el por qué. A menos que una personalidad sea aniquilada por completo — caso sumamente raro — el «alma tumética», ó nuestro Manas inferior, es en cierto sentido, y en una parte de sí misma, *inmortal;* esto es, en la parte que sigue al Ego al Devachán. También aquél — como Filolao y Aristóteles, en sus disquisiciones acerca del alma — hace del Eter un elemento; de modo que habría cinco elementos principales, correspondiendo á las cinco figuras regulares de la Geometría. Esta fué también doctrina de la escuela de Alejandría (1). Sin duda había mucho en las doctrinas de los filaleteos, que no aparece en las obras de los platónicos más antiguos, pero que ciertamente fué enseñada en sustancia por el gran filósofo mismo; si bien, efecto de su habitual reticencia, no lo confió á la escritura, por ser demasiado secreto para darlo á la publicidad. Espeusipo y Jenócrates sostuvieron, como su gran Maestro, que el Anima Mundi, ó Alma del Mundo, no era la Divinidad, sino una manifestación suya. Jamás concibieron aquellos filósofos lo Uno como una Naturaleza animada (1). Lo Uno original no *existe* á la manera como nosotros entendemos la palabra. Y hasta que él se hubo unido con lo múltiple — la existencia emanada (la Mónada y la Dúada) ningún Ser fué producido. El τίμιον, honrado) — el algo manifestado — está en el centro así como en la circunferencia; pero es tan sólo el reflejo de la Divinidad, el Alma del Mundo (2). En esta doctrina encontramos todo el espíritu del *Bodhismo* Esotérico, ó Sabiduría Secreta.

Aunque algunos han considerado á Espeusipo como inferior á Aristóteles, el mundo le debe, sin embargo, la definición y exposición de muchas cosas que Platón, en su doctrina de lo Sensible é Ideal, había dejado obscuras. Su máxima era que «lo Inmaterial se conoce por medio del pensamiento científico, lo Material por la percepción científica (3).

Jenócrates expuso muchas de las teorías y enseñanzas no escritas de su maestro. También tenía en la mayor estima la doctrina pitagórica, con su sistema numérico y matemático. Reconociendo tan sólo tres grados de conocimiento — el *Pensamiento*, la *Percep-*

(1) *Theo. Arith*, pág. 62. *On Pythag. Numbers*.

(1) Platón: *Parmenid*, 141, E.

(2) Véase *Stobæus. Ecl.* I, 862.

(3) Sextus: *Math*, VII 145.

ción, y la *Consideración* (ó conocimiento por *Intuición*), hacía de todo cuanto existe más allá de los cielos, el objeto del Pensamiento; de la Percepción, las cosas que están en los cielos; de la Intuición, los cielos mismos. El origen de estas tres cualidades se encuentra en el *Mânava Dharma Shâstra* de la India, al hablar de la formación (creación, en lenguaje vulgar) del hombre. Brahmâ — que es Mahat, ó el Alma Universal — saca de su propia esencia al Espíritu, *el soplo inmortal que no perece en el ser humano*, mientras que Brahmâ da al alma (inferior) de este ser, la Ahankâra, conciencia del Ego. Luego se le añade la inteligencia «formada de las *tres cualidades*».

Estas tres cualidades son: el Entendimiento, la Conciencia y la Voluntad; que responden al Pensamiento, á la Percepción y á la Consideración (Intuición) de Jenócrates, que parece haber sido menos reticente que Platón y Espeusipo, en su exposición del alma. Después de la muerte de su maestro, Jenócrates viajó con Aristóteles, y fué Embajador cerca de Filipo de Macedonia. Pero veinticinco años más tarde, le vemos dirigiendo la Antigua Academia, desde la presidencia de la misma, como sucesor de Espeusipo, que durante más de un cuarto de siglo había ocupado aquel puesto, y dedicando su vida á los temas filosóficos más abstrusos. Se le tiene por más dogmático que Platón, y por consiguiente, debió haber sido un enemigo más peligroso para las escuelas que le combatían. Sus tres grados de conocimiento, ó las tres divisiones de la Filosofía, la separación y conexión de los tres modos de la cognición y comprensión, resultan más definidos que en Espeusipo. Para él, la Ciencia se refiere á «aquella esencia que es objeto del pensamiento puro, y que no está comprendida en el mundo fenomenal» — lo cual está en oposición directa con las ideas Aristotélico-Baconianas; refiere la percepción sensible á lo que pasa en el mundo de los fenómenos; y la concepción á aquella esencia, «que es á la vez el objeto de la percepción sensible, y matemáticamente, de la razón pura — la esencia del cielo y de las estrellas.» A pesar de toda su admiración, Aristóteles jamás hizo justicia á la filosofía de su amigo y condiscípulo. De sus mismas obras resulta esto evidente. Siempre que se refiere á los tres modos de comprensión, según los explica Jenócrates, se abstiene de mencionar el método, por el cual demostró el último, que la percepción científica está relacionada con la verdad. La razón de esto, se desprende de lo siguiente, que encontramos en una biografía de Jenócrates:

> Es probable que lo que tenía de peculiar la lógica aristotélica, no pasó inadvertido á Jenócrates; porque difícilmente puede ponerse en duda que la división de lo existente en lo que existe absolutamente y lo que existe relativamente, atribuída á Jenócrates, era opuesto á la tabla de categorías de Aristóteles.

Esto demuestra que no era Aristóteles mejor que algunos de nuestros hombres de ciencia modernos, que suprimen los hechos y la verdad, para que no choquen con sus extravagancias é «hipótesis» privativas. Jenócrates desarrolló la relación de los números con las Ideas, más ámpliamente que Espeusipo, y sobrepujó á Platón en su definición de la doctrina de las Magnitudes Invisibles. Reduciéndolas á sus elementos ideales primitivos, demostró que cada forma y figura tenía su origen en la línea indivisible más pequeña. Que Jenócrates sostuvo las mismas teorías que Platón, por lo que se refiere al alma humana (que se supone ser un número), es evidente, aunque Aristóteles lo contradice, como toda otra doctrina de este filósofo (1). Esto demuestra que Platón expuso muchas de sus doctrinas oralmente, aun cuando se demostrase que Jenócrates, y no Platón, fué el primero que dió á luz la teoría de las magnitudes invisibles.

Hace derivar el Alma de la primera Dúada, y la llama un número que se mueve por sí mismo (2). Observa Teofrasto, que penetró y elaboró esta teoría del Alma, más completamente que ningún otro platónico. Porque consideraba la intuición y las ideas *innatas*, δοξα, en un sentido más elevado que ningún

(1) *Metaph.*, 407, a. 3.
(2) *Appendix to Timæus.*

otro y colocaba las matemáticas como intermedias entre el conocimiento y la percepción sensible (1). Entonces fundó sobre esta teoría del Alma la doctrina cosmológica, y demostró la existencia necesaria en todos los puntos del Espacio universal, de una serie sucesiva y progresiva de seres animados y pensantes, si bien espirituales (2). El Alma Humana es para él un compuesto de las propiedades más espirituales de la Mónada y de la Dúada, que posee los principios más elevados de ambas. Así llama Deidades á la *Unidad* y la *Dualidad (Mónada* y *Dúada)*, presentando á la primera como una Existencia masculina, rigiendo los Cielos como «Padre-Espíritu», y como número *impar;* y á la última, como Existencia femenina, el Alma Madre, la Madre de los Dioses (Aditi), pues es el Alma del Universo (3). Mas al referirse como Platón y Prodico, á los Elementos como á Poderes Divinos, llamándolos dioses, no relacionaba idea antropomórfica alguna con esta denominación; y lo mismo acontecía á los demás filósofos. Krische observa que los llamaba dioses, sólo para que no se confundiesen esos poderes elementarios con los demonios del mundo inferior (4) (los espíritus elementarios). Como el Alma del Mundo penetra todo el cosmos, aun los animales deben tener algo divino (5). Esta es también la doctrina de los Buddhistas y de los Herméticos, y Manu concede un alma viviente aun á las plantas mismas y á la hierbecilla más diminuta, doctrina esta esotérica en absoluto.

Según esta teoría, los demonios son seres intermedios entre la perfección divina y la humanidad pecaminosa (6), dividiéndolos en clases, cada una de las cuales se subdivide en muchas otras. Pero declara terminantemente, que el alma individual ó personal, es el demonio, guardián y guía de cada hombre, y que ningún demonio posee mayor poder sobre nosotros que el nuestro propio. Así, el Demonio de Sócrates, es el Dios ó entidad divina, que le inspiró durante toda su vida. Del hombre depende el abrir ó cerrar sus percepciones á la voz divina. Como Espeusipo, concedió la inmortalidad á la ψυχή, el cuerpo psíquico, ó alma irracional.

Pero algunos filósofos herméticos han enseñado que el alma sólo tiene una existencia separada continua, mientras en su paso á través de las esferas permanecen algunas partículas materiales ó terrestres, incorporadas á ella; y que cuando esté absolutamente purificada, quedan estas últimas aniquiladas, uniéndose la quinta esencia del alma solamente con su divino Espíritu, el Racional, no formando los dos, en adelante, más que una sola entidad. Difícil es dejar de reconocer en estas enseñanzas un eco directo de doctrinas Indias, mucho más antiguas, encarnadas hoy en las llamadas doctrinas «Teosóficas», relativas al Manas dual. El Alma del Mundo, aquello que los Yogâchâryas llaman «Padre-Madre» (1), lo denominaba Jenócrates Principio macho-hembra, cuyo elemento masculino, el Padre, designaba como el último Zeus, la última actividad divina, que es exactamente lo mismo que lo designan los estudiantes de la Doctrina Secreta, al llamarlo el tercero y último Logos, Brahmâ ó Mahat. A esta Alma del mundo corresponde el dominio sobre todo lo que está sometido al cambio y al movimiento.

La esencia divina, dijo, infundió su propio Fuego ó Alma, en el Sol y en la Luna, y en todos los planetas, en una forma pura: en la forma de los Dioses Olímpicos. Como poder sublunar, el Alma del Mundo habita en los Elementos, produciendo seres y poderes Demoniacos (espirituales), que constituyen un lazo de unión entre los dioses y los hombres, estando relacionados con ellos «como lo está el triángulo isósceles, al equilátero y al escaleno» (2).

Declara Zeller que Jenócrates prohibió la alimentación animal, no porque observase en las bestias algo semejante al hombre, puesto que les atribuía una débil conciencia de Dios, sino

(1) Aristól., *De Interp.*, pág. 297.
(2) Stob.: *Ecl.*, I. 62.
(3) Stob.: Ibid.
(4) Krische: *Forsch.*, pág. 322, etc.
(5) Clem.: *Stro. Alec.*, V. 590.
(6) Plutarch: *De Isid.*, cb. 25, pág. 360.

(1) Ed. Zeller: *Philos, der Griechen.*
(2) Cicerón: *De Natura Deorum*, I, 13. Stob., or Plut., *De Orac. Defec.*, pág. 416, c.

> Por la razón opuesta, temiendo que la irracionalidad de las almas animales, pudiese ejercer de ese modo cierta influencia sobre nosotros (1).

Mas nosotros creemos que era más bien porque, como Pitágoras, había tenido por Maestros y modelos á los Sabios Indios. Cicerón pintó á Jenócrates despreciando por completo todas las cosas, excepto la virtud más sublime (2); y describe la pureza y la severa austeridad de su carácter.

> El problema que tenemos que resolver, es librarnos de la dominación de la existencia sensual; vencer los elementos titánicos de nuestra naturaleza terrestre, con ayuda de lo Divino (3).

Zeller le hace decir:

> La pureza, aun en las secretas aspiraciones de nuestro corazón, es nuestro deber, y solamente la Filosofía y la Iniciación en los Misterios, ayudan á la consecución de este objeto (4).

Así debe ser, pues vemos á hombres como Cicerón y Panecio, y antes que ellos, á Aristóteles y Teofrasto, su discípulo, expresando el mayor respeto hacia Jenócrates. Sus escritos — tratados científicos, acerca de la Metafísica, la Cosmología y la Filosofía — debieron ser numerosísimos. Escribió sobre Física y acerca de los Dioses; sobre lo Existente, lo Uno y lo Indefinido; sobre los Afectos y la Memoria; sobre la Felicidad y la Virtud; cuatro libros sobre la Realeza, y tratados innumerables acerca del Estado; escribió también acerca del poder de la Ley; sobre Geometría, Aritmética, y finalmente, sobre Astrología. Los escritores clásicos afamados que le citan y mencionan, se cuentan por docenas.

Crantor, otro filósofo de los primeros tiempos de la Academia de Platón, concebía al alma humana formada de la sustancia primaria de todas las cosas, la Mónada ó lo *Uno*, y la Dúada ó el *Dos*. Plutarco habla extensamente de este filósofo, que á semejanza de su Maestro, creía que las almas eran asignadas á los cuerpos terrestres, como un destierro y castigo.

Heraclídas enseñaba la misma ética, si bien creen algunos críticos que esté estrictamente adicto á la filosofía primitiva de Platón (1). Zeller, le considera participando como Hiceto y Ecfanto, de la doctrina pitagórica, sobre la rotación diurna de la tierra y la inmovilidad de las estrellas fijas; pero añade, que ignoraba la revolución anual de la tierra en derredor del sol, y el sistema heliocéntrico (2). Mas tenemos pruebas evidentes de que, este último sistema, se enseñaba en los Misterios, y de que Sócrates murió á causa de su «ateísmo»: es decir, por haber divulgado ese conocimiento sagrado. Heraclídas adoptó en todo las opiniones pitagóricas y platónicas, acerca del alma humana, sus facultades y aptitudes. La describe como una esencia luminosa, sumamente etérea. Afirma que las almas habitan la vía láctea, antes de caer en la «generación» ó existencia sublunar. Sus demonios ó espíritus, son cuerpos aéreos y vaporosos.

En la *Epinomis* está ámpliamente expuesta la doctrina pitagórica de los números, en relación con las cosas creadas. Como verdadero platónico, sostiene su autor que sólo puede alcanzarse la sabiduría por medio de una investigación completa de la naturaleza Oculta de la creación; sólo esto, nos garantiza una existencia de bienaventuranza después de la muerte. La inmortalidad del alma, es objeto de una extensa especulación en este tratado; pero su autor añade, que sólo podemos adquirir ese conocimiento mediante una comprensión cabal de los números; porque el hombre, incapaz de distinguir la línea recta de la curva, nunca poseerá la sabiduría bastante para hacer una demostración matemática de lo invisible; es decir, que tenemos que asegurarnos nosotros mismos de la existencia objetiva de nuestra alma, antes de que podamos aprender que estamos en posesión de un Espíritu divino é inmortal. Jámblico dice lo mismo; añadiendo, además, que esto es un secreto que pertenece al más alto gra-

(1) *Plato und die Alte Akademie.*
(2) *Tusc.*, V. 18, 51.
(3) Ibid. Cf. pág. 559.
(4) *Plato und die Alte Akademie.*

(1) Ed. Zeller: *Philos, der Griechen.*
(2) *Plato und die Alte Akademie.*

do de la Iniciación. El Poder Divino, dice, siempre se indignó con aquellos «que hicieron pública la composición del *icostágono*», ó sea los que revelaron el método para inscribir el dodecáedro en una esfera.

La idea de que los «números» que poseen la mayor virtud, producen siempre lo bueno y jamás lo malo, se refiere á la justicia, á la ecuanimidad y á todo lo que es armónico. Cuando habla el autor de cada estrella como de un alma individual, sólo se refiere á lo que los Iniciados Indios y los Herméticos enseñaron antes y después que él; esto es, que cada estrella es un planeta independiente que, como nuestra tierra, posee un alma propia, estando cada átomo de Materia impregnado de la influencia divina del Alma del mundo. Respira y vive, siente y sufre, así como goza de la vida á su modo. ¿Qué naturalista está dispuesto á poner esto en duda con pruebas evidentes?

Debemos considerar, por lo tanto, los cuerpos celestes como imágenes de los Dioses;[1] como partícipes en sustancia de los poderes divinos; y aunque en la entidad de su alma no son inmortales, su acción en la economía del Universo es acreedora á honores divinos, semejantes á los que tributamos á dioses menores. La idea es sencilla, y verdaderamente mal intencionado ha de ser aquel que la falsee. Si el autor de la *Epinomis* coloca á estos dioses ígneos á mayor altura que á los animales, á las plantas y aun á la humanidad, á todos los cuales como criaturas terrestres les asigna un puesto inferior, ¿quién podrá demostrar que se equivoca por completo? Necesario es, por cierto, penetrar mucho en las profundidades de la metafísica abstracta de los antiguos filósofos, para comprender que las diferentes envolturas de sus concepciones están, después de todo, basadas sobre una inteligencia idéntica de la naturaleza de la Causa Primera, sus atributos y métodos.

Cuando el autor de la *Epinomis*, de conformidad con otros muchos filósofos, coloca tres clases de demonios entre los dioses superiores y los inferiores, y puebla el Universo con huestes de sublimes Seres, es más racional que los modernos Materialistas. Estos últimos, haciendo entre los dos extremos—lo desconocido y lo invisible, por lo tanto, de acuerdo con su lógica, lo *no-existente*, y lo objetivo y sensible—un enorme hiato de ser y teatro de fuerzas ciegas, podrán esforzarse en explicar su actitud fundados en el «Agnosticismo científico»; sin embargo, jamás conseguirán probar que este último es consecuente con la lógica, ó siquiera con el simple sentido común.

H. P. B.

Cartas que me han ayudado

COMPILADAS POR

JASPER NIEMAND

PREFACIO

> «Buscando la libertad, voy hacia el Dios, que es la luz de sus propios pensamientos. El hombre que verdaderamente le conozca, pasa por encima de la muerte; no existe otro sendero.»
>
> *Upanishads.*

En el *Path* de Mayo 1887, leemos estas palabras:

«Necesitamos una literatura, no sólo para personas de alto vuelo intelectual, sino para gentes más sencillas; una literatura que se halle al alcance del sentido común ordinario, de inteligencias que realmente ansíen auxilios morales y mentales, que no encuentran en obras de más elevadas pretensiones».

Por regla general, las experiencias son las mismas para todos los que estudian; pero, sin embargo, los detalles difieren. Hay algunos que aumentan sus conocimientos con más

rapidez que otros, y son aquellos que hacen esfuerzos más vigorosos y desinteresados, ó que tienen mayor provisión kármica que les presta ayuda. Lo que los teosofistas conocen con el nombre de Karma, ó sea la ley de acción y reacción espiritual, es lo que decide en esta materia; pues obra por igual en todos los planos: en el físico, moral, mental, psíquico y espiritual. Nuestro Karma puede desarrollarse en cualquiera de estos planos, cuando nuestra vida se reconcentra principalmente en él, sin que obste para ello el que se haya engendrado cualquier impulso inicial particular ó parte de él, en otro plano distinto.

Cuando el que escribe estas líneas comenzó sus estudios teosóficos recibió la ayuda de un avanzado ocultista. Este amigo le envió, entre otras, las cartas que siguen á continuación, las cuales publica en la esperanza de que puedan auxiliar á otros, así como le auxiliaron á él mismo. Estas cartas no constituyen tratados completos; son indicaciones hechas por quien sabía que lo que en primer término necesita el que estudia, es *aprender á pensar*. En ellas se señala la verdadera dirección, y se deja al estudiante el trabajo de esclarecer por sí mismo sus propias percepciones, de escrutar y ensanchar sus propias intuiciones, y de desarrollarse por esfuerzo propio, como al fin y al cabo todas las cosas creadas tienen que desarrollarse. Tales estudiantes han pasado ya el límite en que podían ser afectados favorablemente, por lo que exteriormente les rodea. Pueden aún aprender de las impresiones externas; pero también les ha llegado el momento de resistirlas y de dirigir interiormente la atención á relaciones más elevadas.

La brevedad de estas cartas no debe extraviar al lector. Cada una de sus afirmaciones, es una afirmación de la ley. Se refieren á causas de las cuales, la vida es un efecto; vida que proviene de la acción del Espíritu en la Naturaleza, y que tenemos que comprender tal como se manifiesta en nosotros, antes de que podamos avanzar en el Sendero. Todos los preceptos religiosos ó éticos contienen un significado científico; pues la Religión de la Sabiduría nunca pierde de vista la Ciencia, ni intenta separar ningún efecto de su causa. La mayor parte de sus consejos se fundan en la constitución del *Arqueo*, ó Alma del Mundo, y en la correlación de sus energías; otros tienen relación con lo Eterno.

Tampoco debe el lector estimarlos menos á causa de la modestia exquisita de Z. Nunca muestra un ocultista su poder á mayor altura, como cuando ha llegado á comprender por completo y á declarar la siguiente verdad:

«Y el poder que el discípulo debe desear es el que le haga aparecer como nada *á los ojos de los hombres*».

El ojo interno, *el poder de ver*, mira más profundamente el origen de los conocimientos humanos, y los aprecia en su justo valor. Los hombres que participan de lo divino, y cuya principal misión es donar, se hallan á menudo protegidos contra las exigencias y la curiosidad de los indiferentes por un exterior sencillo, que engaña al sentido mundano. Algunos hombres son grandes por el Poder que en ellos se encierra, por las energías divinas que circulan en su interior; son grandes, porque han aprendido la manera de recibir estas influencias celestiales de las esferas superiores del Sér; son los ministros directos, los verdaderos servidores de la Ley, los discípulos de los Maestros que tienen una misión humanitaria y universal.

Semejante ayuda no depende jamás de la voluntad; sigue las imposiciones Kármicas, y cuando se presta, deja al que la recibe en libertad de guiarse ó no por ella, según lo que su intuición le sugiera. No hay la menor sombra ni vestigio de *autoridad* en el asunto, por lo que hace al modo como el mundo entiende la palabra *autoridad*. Los que viajan por el desconocido sendero, envían mensajes á los que quedan atrás, y el que puede los recibe. En este escrito sólo se consignan algunos de los primeros pasos, y se hacen indicaciones para sobrepujar los primeros obstáculos. Nada se insinúa con relación á la ciencia mágica, ni á las fórmulas de las creencias y de los poderes ocultos; se contesta únicamente á las preguntas de un alma que despierta, y se mues-

tra al peregrino donde se encuentra la entrada del Sendero. El mundo en general busca hechos de la ciencia oculta; pero el estudiante que ha resuelto llegar á la meta, sólo desea encontrar el verdadero camino. Lo que para otros son meros preceptos morales, son para él instrucciones prácticas; pues á medida que las sigue, percibe su relación con hechos y leyes que puede comprobar; y lo que le parecía tan sólo el lenguaje de la devoción, encuentra luego que es el de la ciencia; pero de la ciencia espiritual, porque la Gran Causa es Espíritu puro.

Muchos estudiantes deben hallarse en cierto período en donde el autor estuvo: esto es, al principio del camino. Esta correspondencia se publica para todos ellos, recomendándoles que busquen bajo el tenor literal, el sentido imperecedero. Puede animarles el encontrar las huellas de un camarada en el escabroso Sendero, sobre el cual brilla siempre la luz de la Verdad. Sin embargo, esta misma luz no siempre es de claro resplandor. Puede aparecer «durante el día como una nube, y por la noche como una columna de fuego». Debemos interrogar á todas las apariencias externas, hasta las de la Fe misma; pues el secreto y germen de las cosas está oculto en el fondo. Purifiquemos aún nuestra propia fe; busquemos la Verdad misma, y no los conceptos que de ella tengamos. Jamás veremos en su espejo nuestro propio semblante; nos veremos, sin embargo, á nosotros mismos, porque nuestro verdadero yo es la verdad.

A medida que el movimiento teosófico va adquiriendo fuerza, los nuevos reclutas pueden ser ayudados por estas cartas que de tanto me han servido, animándome por su asociación con mis pensamientos, siendo este el objeto verdadero de las mismas. Al principio, se nos figura que este objeto es la adquisición de conocimientos ocultos; pero pronto encontramos que la ciencia de los escritores de ocultismo, que verdaderamente saben, se nos escapa. Vemos que los libros sólo sirven para recordarnos lo que hemos sabido en remoto pasado, quizás cuando «vivíamos en unión con la Divinidad», y los ecos que se despiertan en nosotros son tan débiles, que raras veces los percibimos. Al estudiar filosofía, metafísica, ética, armonía, astrología, ciencias naturales, astralismo, magnetismo ó cualquier otra cosa, nos encontramos con contradicciones y diferencias interminables; necesitamos constantemente ejercitar nuestra intuición. Descubrimos que todavía no ha sido *escrita* la última palabra sobre ninguno de los asuntos superiores (á menos que se trate de las matemáticas, y aún en esto hay mucho que decir), y que todo lo que sabemos, no es más que un poste indicador de aquel conocimiento supremo de la Verdad, que sólo se encuentra secretamente guardado en el corazón humano.

Retrotraídos hacia nuestras percepciones internas, para verificar constantemente nuevos arreglos en el orden de nuestros conocimientos, nos encontramos en todas las direcciones de la experiencia, frente á frente de este aviso: *¡Está siempre dispuesto á abandonar todo lo que has aprendido!* Como no conocemos el centro Uno, no podemos conocer por completo ningún centro subalterno. Siéndonos desconocida la causa, los efectos nos hacen incurrir en error. Entonces nos dirigimos á ese centro misterioso, por medio del cual el Uno se manifiesta en el hombre, y empezamos el estudio del corazón, tanto en sí mismo, como en la vida que en torno nuestro ha originado.

La necesidad más apremiante del que estudia, es ponerse en comunicación más directa con el mundo de las causas. Una sola cosa se lo impide: él mismo. Está constituído de una fibra tan grosera, que no puede ser «poroso al pensamiento, ni esponjoso para el océano de luz». Dirige entonces su voluntad á refinar y desvanecer su yo inferior, el del hombre que él se cree ser en aquel momento. Cada hombre tiene su modo especial de llevar esto á cabo; pero los que logran avanzar, encuentran que, á cada nuevo período de su vida interna, se levanta ante ellos un nuevo yo. Al mirar hacia atrás algunas semanas ó meses, se asombra de ver qué clase de hombre era entonces, y se sonríe con la sonrisa compasiva con que contem-

plamos las páginas marchitas de nuestra juventud.

Hay algunos, sin embargo, que se petrifican en su camino. Que luchen enérgicamente para romper la masa que ha resistido á todas las circunstancias, á todo cambio, á todas las condiciones de la vida progresiva. Han hecho para sí mismos lo que el enemigo trata de hacer para otros; son la roca en su propio sendero.

Lo que nuestros hermanos del Oriente llaman «las cubiertas del corazón», se desprenden una á una; cuando la última se rompe, sobreviene el silencio, el silencio de la muerte mística. Pero «el muerto se levantará», y de esta muerte brotará el primer retoño de la vida eterna.

No llegaremos hasta este punto en las páginas que siguen. Sin embargo, habiendo conseguido el que estas líneas escribe dar el primer impulso con tal fuerza, que toda su energía la dirigió desde el principio al conocimiento de sí mismo y al debido uso del Pensamiento, ofrece una parte de sus primeras instrucciones á aquellos de sus compañeros que posean corazón ingenuo y fe verdadera, y que prefieran la verdad á la vida material, y buscan aquélla en el sendero oculto. No hay lazo en el mundo que iguale al que une entre sí á tales compañeros. Ha sido forjado en el fuego de angustias indecibles; ha sido remachado por una resolución indomable y por un Amor único por ser Divino. El odio feroz de los mundos visibles é invisibles, no puede hacerle mella mientras el hombre permanezca fiel á sí mismo; pues es él mismo aquella vida más extensa, y á medida que se desarrolla y avanza hacia ella, caen las cadenas de que él mismo se cargara, y por último, convertido en un alma libre, se baña en la Luz celestial, que es la Libertad misma, obediente tan sólo á la Ley de su propio Ser divino. Para lograrlo, sometámonos á la ley de nuestro propio Ser; pues en verdad, *el Ser es sólo Uno.*

Compañeros, donde quiera que estéis, yo os saludo.

PRIMERA CARTA

Mi querido Jasper:

Primeramente permitidme una advertencia. No penséis mucho en mí. Pensad en mí con benevolencia; pero, ¡oh, amigo mío! dirigid vuestro pensamiento á la Verdad Eterna. Yo, como vos, estoy luchando en el camino. Acaso en un momento caiga un velo ante vuestro espíritu, y os hallaréis por encima de todos nosotros. La razón de que recibáis ahora ayuda, es que en otras vidas la habéis prestado á otros. Con cada uno de los esfuerzos que hicísteis para iluminar otras mentes y abrirlas á la Verdad, os habéis ayudado á vos mismo. Aquellas perlas que disteis á otros, en realidad las habéis conservado para vos mismo con aquel acto de benevolencia. Pues cuando se vive ayudando á los demás, se practica la regla que dice: «mata todo sentimiento de separatividad»; y así se entra poco á poco en posesión de la verdadera luz.

No perdáis, pues, jamás esa disposición. Retened firmemente y en silencio todo lo que es ya vuestro, pues lo necesitaréis en la lucha; pero nunca deseéis adquirir poderes ó conocimientos sino, con el exclusivo objeto de ofrecerlos ante el altar; pues tan sólo así podréis conservarlos.

Muchos hay en torno mío que son verdaderos devotos y buscan con ardor; pero lo hacen porque la posesión les parece valiosa. Acaso veo en vos, y espero no equivocarme, un deseo puro de alcanzar el conocimiento por el conocimiento mismo y para beneficio de los demás, y por esto os indicaré el único camino real, el único medio de adquirirlo. Ejecutad todos los actos físicos, mentales y morales, porque deben hacerse, desechando inmediatamente todo interés respecto de ellos y ofreciéndolos en el altar. ¿Qué altar es éste? El gran altar espiritual que está, si uno quiere, en el corazón. Sin embargo, haced uso del discernimiento, de la prudencia y del saber terrestres.

No quiere esto decir que os lancéis loca y temerariamente á *hacer algo.* Haced lo que

encontréis á mano. Desead ardientemente hacerlo, y aún cuando no consigáis más que cumplir algunos pequeños deberes ó dirigir algunas advertencias, vuestro deseo enérgico golpeará como el martillo de Vulcano en otros corazones, y repentinamente encontraréis hecho aquello mismo que tanto habéis anhelado llevar á cabo. Alegráos entonces de que otro haya sido tan afortunado que haya podido adquirir un Karma tan meritorio. De este modo, como los ríos corren al Océano que permanece pasivo, entrarán vuestros deseos en vuestro corazón.

Encuentro exactas todas vuestras observaciones, y debajo de ellas aparece un espíritu verdadero. No temáis ni desmayéis al sentiros oscuro y torpe. El ardor mismo que experimentáis, romperá al cabo de algún tiempo el tabernáculo que encubre el misterio. Nadie puede, en realidad, ayudaros. Nadie puede abriros las puertas. Vos mismo las habéis cerrado, y sólo vos podréis abrirlas. Cuando hayáis abierto alguna puerta, encontraréis á otros que os han dejado atrás hace tiempo, pero que incapaces de seguir adelante, están allí esperando vuestra llegada. Cuando lleguéis y abráis una puerta, entonces aquellos discípulos que esperan podrán, quizás, seguir adelante, y así sucesivamente. ¡Qué hermoso privilegio éste! ¡Pensar que quizás podamos ayudar á aquéllos que parecían más grandes que nosotros!

¡Oh! ¡Cómo gime la Naturaleza al contemplar el pesado Karma que el hombre ha amontonado sobre sí mismo y sobre todas las criaturas de los tres mundos! Ese profundo sollozo atraviesa mi corazón. ¿Cómo podría aliviarse la carga? ¿He de cuidarme tan sólo de mí, mientras que las pocas manos fuertes de los Bienaventurados Maestros y sus amigos, contienen la horrorosa nube? Hace siglos hice voto de ayudarles, y debo cumplirlo. ¡Ojalá quisiera Karma que pudiese hacer más! Y vos, haced lo que podáis. Poned toda vuestra fe y toda vuestra confianza en Karma!

Z.

(Se continuará).

¿Niegan los Adeptos la Teoría Nebular hoy generalmente sustentada?

(CONTINUACIÓN)

No; no niegan sus proposiciones generales, ni las verdades aproximadas de las hipótesis científicas. Niegan tan sólo que las presentes teorías sean completas, así como que sean del todo erróneas las muchas que hoy se llaman viejas teorías «arrinconadas», que durante el último siglo se siguieron unas á otras con tanta rapidez. Por ejemplo, á la vez que niegan con Laplace, Herschel y otros, que las manchas variables de luz percibidas en el fondo nebuloso de la galaxia hayan pertenecido jamás á mundos remotos, en proceso de formación, y conviniendo con la ciencia moderna en que no proceden de agregaciones de materia sin forma, sino que pertenecen simplemente á una agrupación de «estrellas» ya formadas, añaden, sin embargo, que muchas de esas agrupaciones, que según la opinión de los astro-físicos son estrellas y mundos ya evolucionados, son, realmente, colecciones de materiales diversos dispuestos para la formación de mundos futuros. Estos mundos, en apariencia adultos, son como ladrillos ya cocidos, de diferentes cualidades, formas y colores, que han dejado de ser barro informe para convertirse en unidades apropiadas de una pared futura, teniendo cada uno designado ya de un modo fijo y claro, el puesto que ha de ocupar en un edificio del porvenir. El astrónomo no tiene medios para reconocer su adolescencia relativa, á menos, quizá, que establezca una distinción entre los grupos de estrellas que tienen un movimien-

to acostumbrado alrededor de sus órbitas y mutua gravitación, y los llamados, según creo, grupos irregulares de apariencia muy caprichosa y mudable. Agrupadas estas estrellas como por casualidad, y al parecer contra toda ley de simetría, desafían toda observación; tales son, por ejemplo, la 5 M. Lyra, la 52 M. Cefeo, la Dumbbell y algunas otras.

Antes de que se intente una contradicción enfática á lo que precede, y aún quizás, que se trate de ponerlo en ridículo, no estaría de más el asegurarse de la naturaleza y carácter de aquellas otras estrellas llamadas «temporales», cuya periodicidad, aunque nunca ha sido probada con toda certeza, no se ha puesto, sin embargo, en tela de juicio. ¿Qué son esas estrellas que «aparecen repentinamente con magnificencia y esplendor sin rival, y que desaparecen con el mismo misterio y de modo inesperado, sin dejar tras sí rastro alguno? ¿De dónde han salido? ¿Adónde se sumergen? En el gran Océano cósmico— decimos nosotros. — El brillante «ladrillo» ha sido cogido por la mano del albañil, dirigido por ese Arquitecto Universal, que destruye sólo para volver á construir. Ha encontrado su sitio en la estructura cósmica, y realizará su misión hacia su última Era manvantárica.

Otro punto que los «Adeptos» niegan terminantemente es que exista en toda la extensión de los cielos visibles, espacio alguno vacío de mundos siderales. Hay estrellas, mundos y sistemas, lo mismo *dentro* que *fuera* de los sistemas visibles para el hombre, y hasta *dentro de nuestra propia atmósfera*, aunque lo ignoren los físicos. Los «Adeptos» afirman respecto á esto, que la ciencia ortodoxa, ó la llamada oficial, usa muy á menudo la palabra «infinito», sin atribuirle una importancia adecuada; más bien como un adorno del lenguaje, que como un término que implica una Realidad de lo más misterioso y terrorífico. Cuando un astrónomo se entrega en sus informes á «sondear el *infinito*», hasta el más intuitivo de ellos es, á menudo, capaz de olvidar que sólo está sondeando la superficie de un pequeño espacio y sus profundidades visibles, y de hablar de éstas como si fuesen meramente el contenido de una cantidad conocida. Este es el resultado directo del concepto actual de un espacio de tres dimensiones. Pronto llegará su vez al espacio de cuatro dimensiones; pero la perplejidad de la ciencia continuará hasta que sus conceptos alcancen las dimensiones naturales del espacio visible é invisible, en su plenitud septenaria. «El Infinito y el Absoluto son tan sólo los nombres de dos falsificaciones imbéciles de la mente humana (no iniciada);» y el considerarlas como las «propiedades transmutadas de la naturaleza de las cosas — dos negaciones subjetivas convertidas en afirmaciones objetivas», como dice Sir W. Hamilton, es no saber nada de las infinitas operaciones del espíritu humano libertado, ni de sus atributos, el primero de los cuales es su aptitud para pasar *más allá* de la región de las experiencias terrestres sobre la materia y el espacio. Del mismo modo que un vacío absoluto es imposible *abajo*, asimismo lo es *arriba*. Pero nuestras moléculas, lo infinitesimal del vacío *abajo*, son reemplazadas por el átomo gigante del Infinito *arriba*. Cuando se demuestre el concepto del espacio de cuatro dimensiones, puede que se inventen nuevos instrumentos para explorar la materia extremadamente densa que nos envuelve como un globo de pez puede envolver á una mosca, al cual, en nuestra gran ignorancia de todas sus propiedades, fuera de las que encontramos que afectan á nuestra tierra, llamamos, sin embargo, la *clara*, la *serena* y la *transparente* atmósfera. Esto no es psicología, sino simplemente física oculta, que no puede confundir nunca la «sustancia» con «los centros de fuerza», usando, al expresarnos así, la terminología de la ciencia occidental, que ignora la existencia de Mâyâ. Antes de un siglo, además de los telescopios, microscopios, micrógrafos y teléfonos, la Sociedad Real tendrá que ofrecer un premio para un *eteroscopio*.

Es también necesario, por relacionarse con el asunto de que se trata, que «el M. inglés de la Sociedad Teosófica», sepa que los «Adeptos» de la Buena Ley, rechazan la gravedad

tal como se explica en la actualidad. Niegan que la llamada «teoría del contacto» sea la única que puede sostenerse en la hipótesis de la gravitación.

Dicen que si todos los esfuerzos que los físicos han hecho para relacionarla con el éter, á fin de poder explicar la acción magnética y eléctrica á distancia, han resultado hasta ahora completos fracasos, es también debido á la ignorancia de nuestra raza sobre los últimos estados de la materia en la Naturaleza, y más que nada, sobre la verdadera índole de la materia solar. Creyendo solamente en la ley de la mutua atracción y repulsión electro-magnética, coinciden con aquellos que han llegado á la conclusión de que «la gravitación universal es una fuerza débil», absolutamente incapaz de explicar, ni aun siquiera una pequeña parte de los fenómenos del movimiento. En el mismo concepto se ven obligados á indicar que la ciencia puede estar equivocada en su confusa hipótesis de la fuerza centrífuga, que no es una ley universal, ni estable. Citando un solo ejemplo, esta fuerza es impotente para explicar el aplanamiento esferoidal de ciertos planetas. Pues si el abultamiento de los ecuadores planetarios y el aplanamiento de sus polos ha de atribuirse á la fuerza centrífuga, en lugar de ser sencillamente el resultado de la poderosa influencia de la atracción electro-magnética-solar, «equilibrada por la rectificación concéntrica de la gravitación propia de cada planeta, que tiene lugar por la rotación sobre su eje», expresándolo en la fraseología de un astrónomo (que no es ni muy clara ni correcta, pero que, sin embargo, sirve á nuestro propósito para demostrar los muchos flacos de que adolece el sistema); ¿por qué ha de haber tanta dificultad para responder á la objeción de que las diferencias en la rotación ecuatorial y la densidad de varios planetas, están en oposición directa con esta teoría? ¡Hasta cuándo hemos de ver aún á los grandes matemáticos sosteniendo sofismas para llenar vacíos manifiestos! Los «Adeptos» no han pretendido jamás tener ningún conocimiento superior, ni aún de ninguna clase, respecto de la astronomía y de otras ciencias occidentales. Sin embargo, hasta en los libros de texto más elementales que se usan en las escuelas indias, se lee que la teoría centrífuga, de procedencia occidental, es incapaz de resolver *todos* los problemas. Que por sí *sola no puede* dar la explicación del aplanamiento de todos los esferoides, ni resolver las dificultades evidentes que presenta la densidad relativa de algunos planetas. Y á la verdad, ¿cómo puede el cálculo de la fuerza centrífuga explicarnos, por ejemplo, por qué Mercurio, cuya rotación, según se nos dice, es «aproximadamente sólo un tercio de la de la tierra, y cuya densidad es sólo una cuarta parte mayor», tiene una compresión polar *más de diez veces mayor que aquélla?* ¿Por qué también Júpiter, cuya rotación ecuatorial se dice que es «veintisiete veces mayor que la de la tierra, mientras que su densidad es tan sólo una quinta parte de la de ésta», ha de tener su compresión polar diez y siete veces mayor? ¿O por qué Saturno, con una velocidad ecuatorial, como fuerza centrífuga con que luchar, cincuenta y cinco veces mayor que la de Mercurio, tiene su compresión polar sólo tres veces mayor que la de éste? Para coronar las anteriores contradicciones, se nos dice que creamos en las fuerzas centrales, según las enseña la ciencia moderna, hasta cuando se nos afirma que la materia ecuatorial del Sol, con más de cuatro veces la velocidad centrífuga de la superficie ecuatorial de la tierra, y tan sólo con una cuarta parte de la gravitación de la materia ecuatorial de ésta, no ha manifestado tendencia alguna á aglomerarse en el ecuador solar, ni se ha demostrado el menor aplanamiento en los polos del eje solar. Más claro: ¡el Sol, con solo una cuarta parte de la densidad terrestre que oponer á los efectos de la fuerza centrífuga, no tiene compresión polar alguna! Esta objeción la vemos hecha por más de un astrónomo, y sin embargo, no ha sido nunca explicada de un modo satisfactorio, al menos, que los «Adeptos» sepan.

He aquí por qué dicen que los grandes hombres científicos de Occidente, no sabiendo nada ó casi nada de la materia de los come-

tas, ni de las fuerzas centrífuga y centrípeta, ni de la naturaleza de las nebulosas, ni de la constitución física del Sol y de las estrellas, ni tan siquiera de la de la Luna, cometen una imprudencia al hablar tan confiadamente como lo hacen, de la «masa central del Sol», lanzando al espacio planetas, cometas, y que sé yo qué más. Habiéndosenos preguntado nuestra humilde opinión, sostenemos: que lo que el Sol despide hacia fuera es sólo el principio de *vida, alma* de estos cuerpos, y lo comunica y retrotrae en nuestro pequeño sistema solar, al modo conque «el generador universal de vida», la Vida Una, lo da y lo recibe en el Infinito y en la Eternidad; pues el sistema solar es el microcosmo del Macrocosmo *Uno*, de la misma manera que lo es el hombre, con relación á su pequeño cosmos solar.

¿Cuáles son las pruebas de la ciencia? ¿Las manchas solares (término erróneo como otros muchos)? Pero éstas prueban la solidez de l[a] «masa central», así como las nubes de tem[pestad] no prueban la solidez de la masa at[mosférica] que está detrás de ellas. ¿Depend[e] la solución de continuidad del cuerpo solar, con sus aparentes dimensiones luminosas, y con su *apariencia* también de masa sólida, de que es aquél una obscura esfera de mate[ria], encerrada dentro de una prisión de *fue[go]* que la envuelva á modo de vestidura d[e] feroces llamas? Nosotros decimos que cierta[mente] hay allí detrás un «prisionero»; per[o] que no habiendo sido visto jamás por ningún ojo mortal *físico*, lo que permite que se per[ciba] de él, es sólo una *reflexión* gigantesca, un fantasma ilusorio de «apéndices solares de una especie *cualquiera*», como los llam[a] sinceramente Mr. Proctor. Pero antes de pa[sar] adelante, vamos á tratar de la pregunt[a] inmediata.

(Se continuará).

Los Mahatmas Teosóficos

Con profunda pena, aunque no con sorpresa, pues hace años que estoy preparada para semejantes declaraciones, he leído en el *Occult Word* de Rochester, publicado por Mrs. I. Claver, Presidenta de la Sociedad Teosófica de aquel punto, un artículo, escrito por ella y por Mr. W. T. Brown. El repentino cambio de sentimiento es quizás natural en una señora que jamás ha tenido las oportunidades de que ha gozado Monsieur Brown; así es que, cuando dice que después de «un gran deseo de ser puestos en comunicación con los Mahatmas Teosóficos, hemos llegado á la conclusión de que es inútil dirigir los ojos psíquicos hacia los Himalayas», pone de manifiesto un sentimiento de que indudablemente participan muchos teosofistas.

Si las quejas son justificadas, y si es á los Mahatmas ó á los teosofistas á quienes debe dirigirse el cargo, es cuestión que está por resolver. Pendiente durante algunos años, tiene que decidirse ahora, puesto que los d[os] querellantes declaran, bajo su firma, q[ue] «nosotros (ellos) no necesitamos correr tr[as] de *Místicos Orientales que declaran su inc[a]pacidad para ayudarnos.»* Esta última fra[se] debe examinarse seriamente, y yo reclamo [el] privilegio de hacer algunas observacion[es] sobre ella.

Comienzo declarando que el tono de to[do] el artículo es el de un verdadero *manifiest[o]*. Sintetizado y expurgado de su exuberan[cia] de expresiones bíblicas, llega á esta declar[a]ción retumbante: «Hemos llamado á su puer[ta], y no nos han contestado; les hemos pedi[do] pan, y nos han negado hasta una piedra. La acusación es muy seria; pero ni es jus[ta] ni veraz, y esto es lo que me propongo d[e]mostrar.

Como yo fuí la primera que hizo pública [en] los Estados Unidos la existencia de nuestr[os] Maestros, y declaré los nombres santos de d[os] miembros de una fraternidad, hasta entonc[es]

desconocida tanto en Europa como en América (salvo para algunos místicos é Iniciados), nombres venerandos, sin embargo, en todo el Oriente, y especialmente en la India; cuya publicidad fué causa de que la especulación vulgar y la curiosidad se sobrexcitasen, dando por resultado final el que el público los negase, creo que es deber mío recusar la aptitud del último para explicar la situación de las cosas, pues me considero como la principal culpable. Con esto podrá hacerse quizás bien á algunos é interesar á otros.

Y no se crea que me presento como campeón ó defensor de aquellos que con toda seguridad no necesitan de defensa alguna. Lo que me propongo, es presentar *hechos* sencillos para que se juzgue la situación por sus propios méritos. A las terminantes afirmaciones de nuestros hermanos y hermanas, de que han estado «viviendo de cortezas», y «andando á caza de dioses extranjeros», sin que les fuera concedida la admisión, yo preguntaría á mi vez y bien claramente: ¿Estáis seguros de haber llamado á la puerta que debíais? ¿Estáis seguros de no haberos extraviado en vuestro camino, *deteniéndoos con frecuencia, durante vuestra jornada, en puertas extrañas, tras de las cuales están en acecho los más fieros enemigos de aquellos á quienes andáis buscando?* Nuestros MAESTROS no son «dioses celosos»; son simplemente santos mortales, más elevados, sin embargo, moral, intelectual y espiritualmente, que nadie en este mundo. Pero por santos que sean y por adelantados que estén en la ciencia de los Misterios, son hombres todavía y miembros de una Fraternidad, á cuyas leyes y reglas, sancionadas por el tiempo, son los primeros en mostrarse obedientes. Una de las primeras reglas exige que los que comienzan su jornada *hacia Oriente,* como candidatos á la notoriedad y favores de los guardianes de los Misterios, marchen por el camino recto, sin detenerse en las encrucijadas y sendas transversales, para no unirse á otros Maestros, Profesores de la Ciencia de la Izquierda; se exige asimismo que se tenga confianza y que se den muestras de fidelidad y de paciencia, amén de otras varias condiciones. Si se falta á todo esto desde el principio hasta el fin, ¿qué derecho tiene ningún hombre para quejarse de que los Maestros no le ayuden?

Ciertamente. «Los Guardianes del umbral están dentro.»

Desde el momento en que un teosofista quiere convertirse en candidato, ya para el *chelado* (1), ya para la obtención de favores, debe tener en cuenta el pacto mutuo, tácita y formalmente estipulado entre ambas partes; y *tal pacto es sagrado.* Es un compromiso de *siete* años de prueba. Si durante este tiempo, no obstante las muchas faltas y equivocaciones del candidato (salvo dos que no es necesario especificar aquí) permanece ante cada tentación *fiel al Maestro escogido* ó á los Maestros en general (en el caso de los candidatos *laicos),* y fiel también á la Sociedad fundada conforme á sus deseos y á sus órdenes, entonces el teosofista será iniciado, y se le permitirá en adelante comunicarse con su *guru* sin reservas; y todas sus faltas, salvo las indicadas, pueden ser pasadas por alto, pues corresponden á su Karma futuro, y por de pronto pueden dejarse á la discreción y juicio del Maestro. Él sólo tiene el poder de juzgar si durante aquellos largos años, á pesar de sus errores y pecados, deberá ser favorecido el *chela* con la comunicación de su *guru.* Este último, completamente enterado de las causas y motivos que han conducido al candidato á pecados de omisión y de comisión, es el único que puede juzgar la conveniencia ó la no conveniencia de animarle ó dejarle de animar; como que él únicamente tiene títulos para decidirlo, viéndose él mismo bajo la ley inexorable de Karma, de la cual nadie, desde el zulú hasta el arcángel más elevado puede escapar, y además, porque él tiene que asumir la gran responsabilidad de las causas creadas por él mismo.

Así es que, la condición principal y la única indispensable que se exige al candidato ó chela en el período de prueba, es simplemente la fidelidad absoluta al Maestro escogido y á sus propósitos. Esto es una condición *sine qua non.* No por razón, como he dicho ya, de un

(1) *Chela:* un discípulo aceptado por un *Maestro.*

sentimiento de celos, sino sencillamente porque, *rota la relación magnética existente entre los dos, el restablecerla representa una dificultad doble;* y no es justo ni propio que los Maestros empleen sus poderes en provecho de aquellos, cuya conducta futura y deserción final pronostican ellos con frecuencia de un modo bien claro. Y, sin embargo, ¡cuántos son los que, esperando lo que yo llamaría «favores anticipados», al considerarse chasqueados, en vez de repetir humildemente *mea culpa*, acusan á los Maestros de egoísmo y de injusticia! ¡Acaso quebranten deliberadamente diez veces por año el lazo de conexión, y no obstante, esperan cada vez que se restablezca según las antiguas líneas!

Conozco yo á un teosofista, á quien no nombraré, si bien espero que se reconozca á sí mismo, joven, tranquilo, inteligente, místico por naturaleza, que en su mal aconsejado entusiasmo é impaciencia, cambió de *Maestros* y de ideas una media docena de veces en menos de tres años. Primero, él mismo se ofreció, fué aceptado á prueba y tomó el voto del chelado; cosa de un año después, se le ocurrió casarse, á pesar de que había tenido varias pruebas de la presencia corpórea de su Maestro, y le habían sido concedidos varios favores. Habiendo fracasado sus proyectos de matrimonio, buscó «Maestros» bajo otros climas, y se convirtió en un Rosacruz entusiasta; después volvió á la Teosofía como un místico cristiano; luego, trató de nuevo de endulzar sus austeridades con una mujer; abandonó más tarde la idea, y se hizo espiritista; y habiendo vuelto á pedir que se le «aceptase de nuevo como chela» (tengo yo su carta), á lo cual su Maestro permaneció silencioso, renunció á él por completo, para buscar, según sus propias palabras, á su «antiguo Maestro Esenio, y *hacer experiencias con los espíritus* en su nombre».

La hábil y respetada editora del *Occult Word* y su Secretario, tienen razón; han escogido el verdadero camino, en el cual, con una pequeñísima dosis de fe ciega, pueden estar seguros de no encontrar decepciones ni disgustos. «Es muy agradable para algunos de nosotros» — dicen — «responder al llamamiento del Hombre de Tristezai, que no rechaza á nadie por indigno ó porque no haya atesorado cierta porción de mérito personal.» ¿Cómo lo *saben* ellos? A menos de que acepten el dogma cínicamente horrible y pernicioso de la Iglesia Protestante, que enseña el perdón del más negro de los crímenes, con tal que el criminal *crea sinceramente* que la sangre de su «Redentor» le ha salvado en su última hora. ¿Qué es esto más que fe ciega antifilosófica? El emocionalismo *no es* la filosofía, y Buddha consagró precisamente su larga vida de sacrificio para arrancar de los hombres aquella superstición *generadora de mal*. ¿Por qué hablar de Buddha, pues, al mismo tiempo? La doctrina de la salvación por el mérito *personal* y el olvido de *sí mismo*, es la piedra angular de la doctrina de Buddha. Los dos referidos escritores pueden haber ido, y es muy probable que hayan ido á «caza de dioses *extranjeros*»; pero *no eran éstos nuestros* MAESTROS.

Dicen: «Le han negado tres veces», y proponen «con los pies ensangrentados y espíritu humillado, pedir que Jesús nos tome (á ellos) una vez más bajo sus alas», etc. El «Maestro Nazareno» es seguro que les complacerá. Sin embargo, tendrán que «vivir de *cortezas* y fe ciega». Pero en esto ellos son los mejores jueces, y nadie tiene derecho á inmiscuirse en sus creencias privadas. Quiera el cielo que en su resentimiento, no se conviertan un día en nuestros peores enemigos.

Después de todo — y esto va dirigido á aquellos Teosofistas que se hallan disgustados con la Sociedad en general — nadie les ha hecho jamás promesas imprudentes, y menos aún ni la Sociedad ni sus fundadores, han ofrecido á los «Maestros» como *premio* á los que mejor se conduzcan. Durante algunos años, se ha dicho á cada uno de los nuevos miembros *que nada se le prometía*, sino que todo tenía que esperarlo de su propio mérito personal. Al teosofista se le deja libre y árbitro de sus acciones. Siempre que se encuentre disgustado *alia tentanda vía etc.*; no existe el menor inconveniente en buscar por otro lado, á menos que uno mismo se haya

ofrecido y se haya decidido á conquistar los favores de los Maestros.

A los de esta última clase me dirijo ahora y les pregunto: ¿Habéis cumplido *vuestras* obligaciones y compromisos? Vosotros, que quisiérais echar toda la culpa sobre la Sociedad y los Maestros (que son la encarnación de la caridad, de la tolerancia, de la justicia y del amor universal), ¿habéis *llevado la vida* requerida, y cumplido las condiciones que se exigen al que quiere convertirse en candidato? Aquel que en su corazón y en su conciencia sienta que así lo ha hecho; aquel que esté seguro de no haber faltado seriamente, de no haber dudado jamás de la sabiduría de su Maestro, de no haber buscado en su *impaciencia* otro ú otros Maestros para hacerse Ocultista con poderes, y de no haber hecho traición nunca á sus deberes teosóficos, ni aun en pensamiento, que se levante y *proteste.* Sin el menor temor puede hacerlo; no existe para ello castigo alguno, y no recibirá ni siquiera una censura, y menos aún el ser excluído de la Sociedad, que es la más amplia, la más liberal en sus opiniones, y la más católica de cuantas se conocen ó están por conocer. Pero temo que mi invitación quede sin respuesta. Durante los once años de existencia de la Sociedad Teosófica, de los setenta y dos chelas regulares aceptados á prueba y de los centenares de candidatos *laicos,* sólo he conocido *tres* hasta la fecha que no hayan caido, y *uno solamente* que haya obtenido un éxito completo. Nadie obliga á nadie á hacerse chela; nada se promete, nada, excepto el mutuo compromiso entre el Maestro y el que pretende llegar á ser chela. En verdad, en verdad, muchos son los llamados y pocos los escogidos; ó más bien, pocos son los que tienen la paciencia necesaria para ir hasta el fin de las dificultades, si es que podemos llamar dificultad á la simple perseverancia y unidad de propósito. ¿Y qué diremos de la Sociedad en general, á excepción de la India? ¿Quién entre los muchos millares de miembros *vive la vida*? ¿Dirá alguno acaso que porque es vegetariano estricto *(los elefantes y las vacas también lo son),* ó porque es todavía célibe, después de una juventud borrascosa en la dirección opuesta, ó porque estudia el *Bhagavat-Gîtâ* ó la «Filosofía Yoga» desde el principio hasta el fin, es teosofista *según el corazón de los Maestros*? Así como el hábito no hace al monje, así tampoco el pelo largo y una vaguedad poética en la frente, son suficientes para hacer un secuaz fiel de la Sabiduría Divina. Mirad en torno vuestro, y contemplad la llamada Fraternidad UNIVERSAL. ¿En qué se ha convertido en Europa y en América, durante estos once años de prueba, la Sociedad fundada para poner remedio á los males escandalosos del cristianismo, para destruir el fanatismo y la intolerancia, la *hipocresía* y la superstición, y para cultivar el verdadero amor universal, extendiéndolo hasta los animales mismos? En una cosa solamente hemos logrado que se nos considere más que á nuestros hermanos los cristianos, los cuales, según la expresión gráfica de Lawrence Oliphant, «se matan unos á otros fraternalmente, y se baten como demonios por el amor de Dios»; y esta cosa es, que hemos dado al traste *con todos los dogmas,* y tratamos precisamente en la actualidad de borrar hasta el último vestigio posible de la autoridad dogmática, aunque sea nominal. Pero en los demás sentidos, somos tan malos como ellos. Censuras, calumnias, poca caridad, guerra incesante de mutuos reproches; y todo de naturaleza tal, que el mismo Infierno Cristiano se consideraría orgulloso de ello. ¡Y suponer que todo esto es culpa de los Maestros! ELLOS no ayudarán á los que prestan auxilios á otros para su salvación y su liberación del egoísmo, por medio de puntapiés y de escándalos. ¡A la verdad, *somos nosotros* un ejemplo para el mundo, y compañeros propios de los santos ascetas de la Cordillera nevada!

Unas palabras más para concluir. Se me dirá: ¿Y quién es usted para encontrarnos culpables á nosotros? ¿Acaso usted, que tiene la pretensión de comunicarse con los Maestros, y de recibir diariamente sus favores, es tan santa, tan sin tacha y tan digna? A lo cual contesto: YO NO LO SOY. Imperfecta y llena de defectos, es mi naturaleza; muchos

y garrafales son mis errores, y por esto mi Karma es mucho más pesado que el de cualquier otro Teosofista. *Lo es*, y así debe de ser desde el momento en que por tantos años permanezco en primer término, siendo el blanco de mis enemigos, y aun también de mis amigos mismos. Y, sin embargo, yo acepto la *prueba* con alegría. ¿Por qué? Porque sé que no obstante mis faltas, tengo extendida sobre mí la protección de mi Maestro. Y si la tengo, la razón es, sencillamente, la siguiente: durante más de treinta y cinco años, aun desde 1851, en que ví un Maestro *corporal y personalmente* por vez primera, *jamás le he negado una sola vez, ni he dudado de Él*, ni siquiera en pensamiento. Jamás han brotado de mis labios censura ni murmuración alguna en contra suya, ni aún siquiera han penetrado por un instante en mi cerebro durante las crisis más penosas. Porque desde el principio sabía yo lo que me esperaba; pues se me dijo lo que jamás he cesado de repetir á los demás: esto es, que tan pronto como se entra en el sendero que conduce al *Ashrum* de los Maestros, únicos custodios de la Sabiduría y Verdad primitivas, el Karma, en vez de distribuirse por todo el tiempo que dura la vida, cae sobre uno con todo su peso y le aplasta. El que cree en lo que profesa y en su Maestro, permanecerá en pie y saldrá victorioso de la empresa; el *que duda*, el cobarde que teme no recibir lo que se le debe, y procura evitar la justicia, *cae*. En manera alguna escapará á Karma; pero perderá aquello por lo que se ha expuesto á sus visitas intempestivas. Por esto es por lo que, habiendo sido destrozada de un modo tan constante y tan cruel por mi Karma, que ha empleado á mis enemigos como armas inconscientes, he permanecido yo en pie. Estaba segura de que el Maestro no permitiría que pereciese, que siempre parecería á la hora *oncena, y así lo ha hecho*. Tres veces me ha salvado de la muerte; la última vez casi contra mi voluntad, cuando volví de nuevo al mundo frío y malvado por amor á Él, que es quien me ha enseñado todo cuanto sé, y ha hecho de mi lo que soy. Por lo tanto, yo llevo á cabo su obra y deseos, y esto es lo que me ha dado fuerzas de león para resistir choques físicos y mentales, de los cuales uno solo habría hecho sucumbir á cualquier teosofista que hubiese dudado de la poderosa protección.

Mi único mérito y la sola causa de mi éxito en la Filosofía Oculta, consisten en mi devoción incondicional á Aquél, que es encarnación del deber mío, y en la creencia en la Sabiduría colectiva de aquella fraternidad de hombres santos, tan grande como misteriosa y real.

Y ahora voy á repetir las palabras del *Paraguru* (el MAESTRO de mi Maestro), que éste ha enviado á manera de mensaje á los que desean hacer de la Sociedad un «Club de milagros», en lugar de una Fraternidad de Paz, Amor y Mutuo Auxilio. «Perezcan más bien la Sociedad y sus desgraciados Fundadores»; y yo digo: perezcan sus doce años de trabajos y sus mismas vidas, antes que ver lo que hoy día veo; á teosofistas sobrepujando á los políticos en su deseo de poder y autoridad personales; á teosofistas censurándose y calumniándose unos á otros como podrían hacerlo dos sectas cristianas; y, finalmente, á teosofistas rehusando *vivir la vida*, y criticando después y lanzando reproches á los más grandes y más nobles de los hombres, porque sujetos por sus propias leyes, sabias y venerables, y fundadas en un conocimiento de la Naturaleza humana de millares y millares de años, aquellos Maestros se niegan á inmiscuirse en los asuntos de Karma, y á contestar á todo teosofista que les llama, sin pensar si merece ó no respuesta.

A menos que en nuestras Sociedades americanas y europeas se implanten reformas radicales, temo que dentro de poco sólo quede un centro de Teosofía en el mundo entero, ó sea la India, aquel país de *mi* corazón. Todo mi amor y mis aspiraciones todas, se cifran en mis amados hermanos, los Hijos de la antigua Aryavarta, la patria de mi MAESTRO.

H. P. BLAVATSKY

Traducido del *Path*. Vol. I, núm. 9, 1886, por Nemo.

¿En dónde estaban los Rishis?

Los Rishis eran los Bárdos sagrados, los Santos, los grandes Adeptos conocidos por los Indios, que durante el pasado dieron grandes impulsos espirituales, y de los que se dice que algunas veces se reencarnan, y que en un tiempo vivieron en la tierra entre los hombres.

«En el mundo no hay más que mares é islas: porque los continentes no son otra cosa que grandes regiones rodeadas de agua. Los hombres tienen que vivir siempre ó en el mar ó en la tierra, á menos que vivan en el aire; y si viven en el aire, no son hombres como los que conocemos.» Así iba yo pensando á medida que el gran buque entraba lentamente en el puerto de una isla pequeña, y antes de soltar el ancla, me pareció que la escena cambiaba por completo, y que la luz deslumbradora del pasado disipaba las negras pinturas de la civilización moderna. En lugar de encontrarme en un buque inglés, me hallaba en mi antiguo vehículo impulsado por una fuerza desconocida hoy día, hasta que los ruidos estrepitosos del desembarco, me despertaron de nuevo.

Pero una vez en tierra, y en la colina frontera á la ciudad y á la bahía, la extraña luz y el vehículo curioso dominaron de nuevo mis sentidos y mis ojos, mientras que toda la majestad de los años olvidados brotó, surgiendo del Océano. En vano trata la educación moderna de luchar y de elevarse; dejo que la cortina caiga sobre nuestro presente miserable.

El agua produce ahora dulces armonías lanzando sus ondulaciones á la orilla; el sol que sobre su superficie resplandece, tiene tan sólo una hora. Pero mirando á lo lejos, muy lejos, ¿qué mancha es aquella que veo en el cielo, que se acerca cada vez más, procedente del Oeste, seguida por otra y otras, hasta que se ciernen en centenares sobre el horizonte, y algunas de las cuales están ya tan cerca que pueden verse claramente? Los mismos vehículos extraños que ví al principio. A manera de pájaros vuelan en el aire. Llegan lentamente, y algunos han tomado tierra ya. La toman con una suavidad que parece casi humana; con una habilidad maravillosa, sin el menor choque ó sacudida. De ellos descienden hombres de noble aspecto que se dirigen á mí como amigos, y uno, más noble que los otros, me parece que dice: «¿Quiéres saber todo esto? Ven, pues.» Y se vuelve otra vez á su vehículo que permanece allí como pájaro dispuesto á tender el vuelo.

Sí voy — dije — y sentí que el pasado y el presente eran sólo uno, y conocía que iba á ver algo; sin embargo, no podía recordarlo más que con una vaguedad que borraba todos los detalles.

Entramos en el vehículo veloz que se movía inteligentemente; lanzóse entonces al espacio tendiendo sus grandes alas, y rápidamente se dirigió otra vez al Occidente, de donde había venido. Se cruzó con muchos más que volaban hacia Oriente, camino de la isla en que el agua cantaba suavemente todavía ante los rayos del sol. Elevóse el horizonte lentamente, y el mar ocultó á nuestra vista la isla que habíamos dejado atrás.

Y todavía, á medida que volábamos en dirección de Occidente, nos encontrábamos con muchos más pájaros construídos por la mano del hombre, como aquel en el cual nos encontrábamos, que parecían tener prisa por llegar al agua que cantaba, al besar las faldas de aquellas montaña que tras de nosotros habíamos dejado en Oriente. Volando en un principio á una gran altura, no oímos sonido alguno procedente del mar; mas pronto un vapor húmedo que sentí en el rostro, demos-

tró que descendíamos hacia el salado abismo, y entonces habló mi amigo.

«¡Mira debajo, en torno y delante de ti!»

Llenaban las profundidades los rugidos y la conflagración de oleadas locas que se lanzaban á los cielos. Nubes negras cubrían al gran sol, y ví la corteza de la tierra atraída á sus propios abismos subterráneos. Volviéndome entonces al maestro, comprendí que había entendido mi pregunta no formulada, y así dijo:

«Un ciclo ha terminado. Las grandes barreras que contenían al mar, han caído rotas por su propio peso. De ellas hemos venido, y hacia ellas estamos marchando.»

Entonces aumentó con rapidez el vuelo de nuestro pájaro, y ví aparecer una gran isla. Las orillas que de ella quedaban, seguían desmoronándose y cayendo en las fauces del mar. Allí había carros aéreos iguales á aquel en que yo estaba, si bien eran negros y opacos, y en vano trataban de lanzarse al espacio con sus capitanes; se elevaban lentamente, pero caían y eran tragados.

Mas así que avanzamos hacia donde el agua no había todavía llegado, vimos algunos carros aéreos resplandecientes al pairo, mientras que sus capitanes penetraban y desmantelaban los carros negros y poderosos de hombres cuyas vestiduras eran rojas, y cuyos cuerpos tan enormes como espantosos, dormían como aletargados por drogas soporíferas.

Durmiendo estaban estos grandes hombres rojos, en tanto que los diligentes capitanes que vestían de color de sol, daban cima á su obra de destrucción. Entonces, no obstante la rapidez conque vinimos, las aguas se habían lanzado detrás de nosotros, y el aliento salado del abismo que todo lo devora, azota nuestros rostros; los capitanes del color del sol entran en sus rápidos carros aéreos, y se entregan al espacio con una velocidad que pronto les separa de los durmientes. Los enormes gigantes vestidos de rojo, oyen el rugido de las aguas y sienten las olas frías que se precipitan sobre ellos. Entran en sus carros, pero sólo para convencerse de que sus esfuerzos eran inútiles. Pronto la tierra que se derrumba no los sostiene por más tiemp y una ola gigantesca los arrebata á tod y caen en las fauces del mar; y el Océa traidor ruge de placer, pues ha absorbido hasta el último resto de la isla.

Pero uno de los gigantes rojos ha escap do, y lenta, pero seguramente, su carro se lanzado al espacio como si quisiese eludir persecución de los hombres de color del s que eran espoliadores.

Entonces, fuerte, clara y penetrante, hi resonar mi capitán una nota de maravillo potencia, y un centenar de aquellos carro rápidos y brillantes que marchaban á Orie te, volvió atrás. Se lanzan entonces en pers cución del carro enorme y pesado del giga te y le envuelven, mas él parece que evita s ataques. Vibra de nuevo la nota de mi mae tro, mientras nuestro carro permanecía c niéndose en el espacio. Era una señal que f obedecida al momento.

Un carro pequeño, brillante y puntiagud se lanza contra el vehículo del gigante roj Impulsado por una fuerza superior á la d más rápido proyectil, perfora el vehículo en migo; pero él, á su vez, es quebrantado ta bién y cae en las aguas con su víctima. Te bloroso dirigí mis ojos hacia abajo, pero capitán dijo bondadosamente:

«Él está seguro, porque en cuanto ha oí la señal, ha entrado en otro carro resplan ciente. Todos los hombres vestidos de r han desaparecido; este último era el peor y más poderoso.»

Dirigiendo mis ojos una vez más ha Oriente, á través de la superficie salada y la niebla, ví pronto brillar de nuevo la l resplandeciente, y elevóse del seno del m la isla en que las aguas cantan y murmur dulcemente ante los rayos del sol. Descen mos, y en cuanto volví mi cabeza, la flota carros rápidos y voladores había desapare do por completo, y una faja radiante de de color de sol formada de letras, respl decía en el cielo y decía:

«He aquí en dónde estaban los Rishis an de que los acantilados calizos de Albión hubiesen levantado del seno de las ond Estaban, pero no están.»

Y fuerte, clara y penetrante, resonó aquella nota que había oído yo en el carro de rápidas alas. Me llenó de tristeza, porque al pasado pertenecía la gloria, y nada más que mi destino era lo que quedaba para el porvenir.

BRYAN KINNAVAN

The Path. Vol. v. núm 10.
Traducido del inglés.

NOTA DEL TRADUCTOR. Refiérese este episodio á la lucha final que terminó con la destrucción del cuarto continente, *Atlantida*. Los carros aéreos son los Wivans, tantas veces citados en las obras Sanskritas. Los que conozcan los doscubrimientos de G. Keely y la fuerza llamada por él *inter-eterea*, concebirán perfectamente la navegación aérea, sin tener que acudir á envolturas de seda, ni vejigas, ni gases de ninguna especie; ensayos miserables de una época pretenciosa.

COMUNICADO

Sr. Director de la Revista Teosófica SOPHÍA.

MUY DISTINGUIDO SEÑOR Y DE MI MAYOR CONSIDERACIÓN: En Agosto último dirigí al Sr. Director de la Revista Espiritista Alicantina *La Revelación*, la carta de que sigue copia, juntamente con un artículo en el cual pretendía refutar algunas de las apreciaciones falsas y fuera de lugar, que aparecieron en dicha Revista, y en un artículo titulado *La Teosofía-Algunas observaciones*. Pero el Sr. Director de *La Revelación*, en lugar de desechar mi artículo por mal escrito ó por erróneo en el concepto, publica en el último número un suelto en que vierte apreciaciones sobre la Sociedad Teosófica, mi personalidad y mi escrito, antes de insertar en las columnas de la Revista mi artículo. Esto, á mi entender, es una falta muy grande de cortesía, de buena fe en la discusión; es no dejar que el lector imparcial emita su juicio, y por el contrario, proceder á crear una opinión, abusando de que aún y por su culpa, no se hayan oído mis razones. Resultando, que quien tiene miedo de que se haga luz en este asunto, es él. Se funda en la *suposición* de que mi firma es un seudónimo; que hago digresiones completamente ajenas al asunto, cuando precisamente lo que hago es refutar algunos de los párrafos más salientes del artículo *La Teosofía-Algunas observaciones*, indicando que el articulista, siguiendo la norma de otros artículos que sobre hinduísmo han visto la luz en *La Revelación*, desconoce por completo el asunto de que trata, tanto en su relación con la Historia, como con las ciencias y la literatura Teosófica; que no quiero ser teósofo ni espiritista, lo cual no supone nada, pues como librepensador nada implica mi creencia; esto aparte de que soy, según en mi artículo lo manifiesto, Buddhista.

En vista de esto, suplico á usted, si no tiene inconveniente, publique en la Revista SOPHÍA, que tan dignamente dirige, mi artículo, para que los lectores imparciales lo juzguen; pues no pienso volver á dirigirme á quien se aparta de la razón no oyendo la opinión de los demás, ó altera el buen orden de una discusión.

Anticipándole las gracias, aprovecha esta ocasión para ofrecerse de usted su afectísimo y seguro servidor

q. s. m. b.,
Emmanuel Wellaintior.

Madrid 29 Octubre 94.

Sr. Director de la Revista «La Revelación» de Alicante.

MUY SEÑOR MÍO Y DE MI MAYOR CONSIDERACIÓN: Las apreciaciones emitidas sobre Teosofía en su digna Revista y número de Julio último, me han decidido á escribir lo que adjunto remito á usted, entendiendo que, dado su recto criterio, si lo cree adecuado y bueno, lo publicará, en cuyo caso seguiré con las pruebas que el articulista reclama.

De todos modos, anticipo á usted las gracias; pues en caso de no publicarse, será para mí una lección que me hará ver lo equivocado que estaba en mis apreciaciones, ó lo deficiente de mi expresión.

Su afectísimo seguro servidor

q. b. s. m.,
E. Wellaintior.

Madrid 26 Agosto 94.

ACLARACIONES

Gran admiración ha causado en mí el artículo *La Teosofía-Algunas observaciones*, que recientemente ha aparecido en esta revista (1); tanto es así, que de otro modo, quizás no hubiera sido lo suficiente mi amor á la verdad para que trazara las líneas que siguen, con el fin de poner en claro algunas bastantes cosas que el articulista menciona, y bueno será advertir á los lectores, que ni hablo en nombre de la Sociedad Teosófica, ni por mandado de alguno de sus socios. Tan sólo, como he dicho ya, me induce el amor á la verdad y un sentimiento fraternal hacia mis semejantes,

(1) *La Revelación*, revista Espiritista Alicantina.

el cual me lleva á poner en claro los yerros que juzgo puedan inconscientemente cometer los que se dedican á estas cuestiones de filosofía y religión.

Y es el caso, que ya otra vez estuve tentado de escribir cuando en esta misma revista leí algo acerca de hinduísmo, en lo que se vertían apreciaciones que juzgué muy poco exactas, ó por lo menos hijas de cierta preocupación. Mas el temor de que mis escritos no merecieran ser leídos, me detuvo, y he aquí que guardé silencio.

Hoy el caso, aunque semejante, es distinto; y aunque se me tache de Quijote, no he de dejar pasar la ocasión en que puedo hacer luz, contando con la venia del Sr. Director.

Separándome ya de lo que á mí se refiere, diré: que si al articulista le admira el cúmulo de escritos publicados en las obras teosóficas por brahmanes, coptos, chelas, buddhistas del Sur y teólogos de casi todas las religiones índicas, más extrañeza causa en mí esa su admiración, y el que sólo hayan llegado á sus manos las obras escritas por esos señores; y aparte también de esto, lo más singular son las deducciones que de todo ello hace. Aquella en que manifiesta que la razón está por encima de los juicios que pueda emitir Sankaradvarya (creo que quiso decir Sankaracharya) ó el Reverendo H. Sumangala, no veo su oportunidad. Me explicaré: en lo poco que he podido leer de Teosofía, he visto que el espíritu en que descansa todo su edificio, es el de que «nadie admita como bueno lo que otro le diga, aun cuando sea un sabio, si no está conforme con su razón» (aforismo que creo haber leído también en un libro oriental, el *Darmasastra*). Y si esto es así, creo que no puede caber más libertad, y que en nada pensará de otro modo el articulista sobre este punto.

Dicho se está que por lo que respecta á las obras de Sankaracharya, es una autoridad el autor ó aquellos que siempre están estudiándolas. Por lo demás, los Teosofistas tan sólo pretenden hacer constar que, en cuestiones de psiquismo y metafísica, son los orientales mucho más entendidos que la generalidad de los sabios europeos y americanos. Esto lo saben los mismos espiritistas, quienes han reconocido los muchos y asombrosos fenómenos llevados á cabo por los moradores del Oriente, en estos nuestros días y en tiempos remotos. La Sociedad Teosófica, en su afán de unir á todos los hombres en estrecho abrazo, busca el origen de estas ciencias en aquellos lejanos países y antiguos tiempos. ¿Es este inconveniente para que los pensadores lean y examinen lo que al Teósofos publican?

Es evidente que si un escritor no conoce mucho las obras de doctrina Indas, por ejemplo, como le sucedía al autor de los artículos de hinduísmo á que antes he hecho referencia, las conclusiones que haga no serán justas con el espíritu que dictó los escritos en cuestión.

¿Y no le admira al articulista que habiendo residido Mad. Blavatsky en el Tibet ó en el Nepal, no se ensalcen ó publiquen escritos del Dalai-Lama?

Es extraño que sólo los buddhistas del Sur tengan preponderancia y acceso en las columnas de los periódicos teosofistas; y que los del Norte se mantengan entre bastidores, aguardando el final del proyecto que supone el autor del artículo, les indujo á mandar á Mad. Blavatsky á Europa.

Mucho hay que pensar sobre la conquista del Occidente, pretendida por esas clases sacerdotales. Mas registrando la historia de la India en su parte correspondiente á estos últimos tres siglos, más nos llevaría á pensar en su intento de sacudir el yugo extranjero, que el conquistar países lejanos. Pero ni aun esto sucede. Muchísimos buddhistas, muchos brahmanes, coptos, lamas, etc., son opuestos al movimiento iniciado por la Sociedad Teosófica; lea el articulista *The Ray Buddhista* de Enero último, y se convencerá de que sus temores son completamente infundados.

Pero aún hay más. No se ha fijado el autor del artículo en que los occidentales también son citados por los Teosofistas. ¿Pues qué, Elifas Lévi, Raimundo Lulio, Roger de Baçon, Platón, Espinoza, Swedemborg, el Conde San Germain, Pitágoras, Mesmer, Cagliostro, Plotino, Olimpiodoro, Longino, Jámblico, Flavio Josefo, Apolonio de Tiana, Ammonius Saccas, etc., etc., no han merecido por parte de los Teósofos la admiración que se tributa á los orientales? Bien se nota que el autor del artículo ha leído poco de Teosofía, y juzga *a priori* que únicamente los hijos de Oriente son los elegidos.

Y también, como las obras de aquellos países que han precedido con su civilización á nuestro continente, son mucho menos conocidas, de aquí que se trate de darles publicidad para que todos las conozcan y juzguen.

No quieren los Teósofos que se juzguen las enseñanzas salidas de las criptas del Tibet como absurdas y contradictorias, y sí que se tomen en consideración, que se conozcan las opiniones que de ellas tienen formadas aquellos pueblos, el por qué y para qué fueron escritas.

Pero esto no basta á los que quieren hacer la crítica de la Sociedad Teosófica; si no encuentran motivo para sus argumentos, poco les cuesta el inventarlo. ¿Qué credo doctrinal se impone en la Sociedad para que esté fundamentado sobre enseñanzas Tibetanas? ¿En *El catecismo del discípulo*, donde se dice que Anupadaka, el Germen en la raíz ó el Gran Soplo, sea Dios? Esto indica una ignorancia completa de lo que la Teosofía entiende por Dios, Espacio y Vida Universal. No obstante, no se sale tan mal parado en la comparación hecha con el *catecismo del P. Ripalda*. ¿Por que sabe el articulista quién es el Padre, el Hijo ó el Espíritu Santo?

Yo he leído poco, pero he visto esta comparación hecha por escritores entendidos en Teosofía entre otras, ahí está *Isis sin Velo*, vol. II, edición inglesa, pues dudo que el articulista tenga á mano

la alemana (1), donde se ve lo que se quiere expresar con esto. El autor, ó no ha leído *Isis sin Velo*, ó en caso contrario, lo hizo tan por encima, que casi equivale á lo mismo. Igualmente le pasa con el *Reig Veda* y los *Upanishads*, cuyas especulaciones metafísicas le han parecido contradictorias. Pero no quiero seguir examinando de este modo las opiniones del articulista, pues parecerá como que mi interés está en probar mi erudición. Quizás habrá ocasión en que explique algo de esas cosas metafísicas.

La Teosofía no es una escuela ecléctica, porque de la misma manera que no diremos mosaico á un mármol compuesto de pedazos que siempre le han pertenecido, si todas las religiones han tomado algo de una verdad (la Teosofía), cuando ésta se retrotraiga á su origen, no diremos que se apropia lo bueno del prójimo. Sin embargo, aquellos que no paran mientes en el origen de esas partes, suponen que es un sistema ecléctico. A la Teosofía le importa lo mismo; pues su único objeto es la unión de todos los hombres, para lo cual predica el altruismo y censura el fanatismo. Quien esto hace, ¿puede ser jesuíta ya de Oriente ú Occidente?

Esto no necesita comentarse; es una apreciación tan sin fundamento, que sólo proferirla, es un marcado deseo de lastimar. ¿Podrá juzgarse que el articulista es, por lo menos, un espiritista ó librepensador? No; y conmigo estoy seguro que pensarán de idéntico modo todos los discípulos de Kardec.

Y dije antes «ó librepensador» porque ¿quién con juicio severo podrá negar la libertad de pensamiento en una sociedad que tiene una base como la primera de la Sociedad Teosófica, y que publica obras de muy distintas religiones y credos? Pues esto, que á cualquiera le llevará á creer que es librepensador, el articulista juzga que es precisamente todo lo contrario; y este proceder me hace pensar en un librepensador, residente en Madrid, y emparentado con uno que fué célebre redactor de *Las Dominicales del Librepensamiento*, que habiendo sido admitido en una sociedad, quiso separarse de ella, porque vió que allí se admitían individuos de todas las religiones, y que había una señora que era cristiana. ¡Pobre librepensamiento, y que mal parado quedas!

Así, el autor del artículo en cuestión, censura á Mr. Olcott, por haber escrito sobre las religiones indas.

La Teosofía es la mediadora entre Oriente y el Occidente, y para esto no se necesita cavilar mucho; pero el articulista pone de manifiesto una supuesta diferencia entre los conocimientos industriales y científicos de Occidente y Oriente, y es porque ignora que, á parte de la diferencia en Metafísica y Psiquismo, la India posee grandes industrias; una de sus fábricas tiene el volante más grande que hay en el mundo; que hay ferrocarriles hasta el pie de los Himalayas, y el telégrafo funcionaba ya en las guerras que han sostenido los ingleses; que allí existen observatorios mejores que los que tiene España, y que sus producciones siempre fueron muy estimadas por todo el mundo. A parte de esto, los hijos de aquel país estudian las ciencias que se enseñan en los centros europeos, y la literatura occidental es perfectamente conocida por los indios instruídos.

El articulista debió haber empezado por donde acaba. Si algunas cosas no se las explica, pregúntelas á los Teósofos; pero no por el medio de una discusión intencionada, y abusando de la benevolencia que necesita el que desea saber. Yo ignoro muchas cosas, y así procedo cuando quiero saberlas; tanto pregunto á los Teósofos, como á los Espiritistas, á los Buddhistas, Católicos y Protestantes. Nunca me avergüenzo porque no sepa una cosa y la pregunte; pero tampoco emito juicios, sin antes enterarme bien. He oído decir á los Teósofos que si no contestan á muchos artículos que aparecen en la prensa en general, es porque en esas discusiones sólo lleva la razón el último que escribe, y que siempre están animadas por un deseo de popularidad. Ningún Teósofo es sordo á las preguntas que particularmente se le hagan. Ultimamente, tengo entendido que las columnas de sus periódicos están á la disposición de aquellos que quieren saber, ó aclarar dudas.

Por eso decía, que el articulista podía haber empezado por donde acaba.

Yo, si el Director de la *Revelación* me lo permite, daré esas pruebas que el articulista pide, aún cuando se me pueda decir que me meto á Redentor.

Pero no quiero se entienda que trato de hacer un prosélito para la Teosofía, y sí que tan sólo pretendo hacer justicia.

E. WELLAINTIOR

Madrid 20 de Agosto del 94.

(1) Era tal la intención que tenía de no ofender al autor del artículo titulado *La Teosofía-Algunas observaciones*, que juzgué prudente hacerle notar que no había leído *Isis sin Velo* en alemán; hoy lo digo rotundamente: no ha leído esta obra en alemán, porque nunca se ha editado en semejante idioma.



VARIEDADES

EL EVANGELIO PARA EL MUMUKSHU

PRECEPTOS DE PARAMHANSA RAMKRISHMA

1.° Así como el avaro vive por el dinero, del mismo modo deja que tu corazón lata por *El*.

2.° ¿Cómo librarse del yo inferior?

La flor desaparece por sí misma cuando brota el fruto. Así caerá tu yo inferior cuando lo Divino se encierre en ti,

3.° El Occidente retrocede cuando nos dirigimos á Oriente; de este modo la vanidad mundana se desvanece, conforme nos aproximamos á Hari.

4.° ¿Por qué un Bhakta abandona todo por la causa de Dios?

Un insecto huye de la obscuridad desde el momento que una luz hiere sus ojos; huyendo entrega su vida en cambio, pero nunca la deja. De igual manera el Bhakta se adhiere á su Dios y deja todo.

5.° El espejo sucio nunca refleja los rayos del sol; así el hombre de corazón impuro y desleal, que está sujeto á Mâya (Ilusión), nunca percibirá la gloria de Bhagawan. Pero el de corazón puro ve al Señor, como el espejo claro refleja el sol. De esta manera sé santo.

6.° Como la nube cubre el sol á nuestra vista, así Mâya vela á Dios á nuestra percepción. El sol se muestra cuando la nube ha pasado; así Narayan se revela cuando el velo de Mâya se desvanece.

7.° Yo llegaré á Moksha, cuando «Yo» deje de ser hombre.

8.° Como la luz de una lámpara hace desaparecer en un momento la obscuridad de una habitación donde ha reinado durante cientos de años, así un simple rayo de Luz Divina del Trono de la Gracia ilumina nuestro corazón, desapareciendo la obscuridad de los pecados de largas vidas.

9.° Como sobre la superficie turbada de las corrientes, la luna brilla en imágenes cortadas, así sobre la mente intranquila [d]e un hombre mundano, materializada por Mâ[ya], sólo brilla el Dios perfecto con luz quebra[da].

(Traducido del *Journal of the Maha-Bodhi Society*, [de]l mes de Julio de 1894).

DIFERENCIA ENTRE LAS PALABRAS TEÓSOF[O] Y TEOSOFISTA

Generalmente llamamos Teósofo al homb[re] que, á más de estudiar y poseer las doct[ri]nas Teosóficas, ajusta su vida toda al cu[m]plimiento de la Teosofía; es decir, que [es] puro de pensamientos, palabras, actos, etc[é]tera; y sobre todo, que es Altruista en to[do] y por todo. En una palabra: el Teósofo [es] *El que vive en la Teosofía.*

Entre éstos podrán citarse á los Zoroas[]tros, Bouddha, Sócrates, Pitágoras, Plató[n], Jesús, Simón, Mahoma, etc.

Entonces, una vez demostrado esto, ¿có[mo] llamar al hombre que empieza á estudiar [la] Teosofía y á practicar sus máximas? El ll[a]marle Teósofo sería quitar valor al título, [lo] mismo que el dárselo al que entra en la S[o]ciedad Teosófica. La Sociedad Teosófica pi[de] á sus aspirantes al formar parte de ella, u[na] sola cosa: la de creer en la fraternidad u[ni]versal; muchos hombres hay que abraz[an] este símbolo tan sencillo y tan extenso, y [no] por esto admiten, y mucho menos practica[n] la Teosofía. A estos principiantes, y para di[s]tinguir los discípulos de los Maestros, se l[es] da el nombre de Teosofistas.

¿No es mucho mejor el reservar el títu[lo] de Teósofo para Blavatsky y modern[os] Tolstoi, y contentarnos nosotros con el [de] Teosofista?

A las obras de H. P. B. se les llamar[á] obras Teosóficas, mientras que á las nue[s]tras se las llamaría obras Teosofistas.

Los ingleses y americanos, sobre tod[o],

tienden á hacer la misma distinción entre las palabras Teósofo y Teosofista.

(Traducido del *Lotus Bleu*).

CEREMONIAS MÁGICAS DE LOS INDUS

La primer cosa necesaria es que el Sâdhaka ó adorador tenga cualidades especiales para la ceremonia. Debe ser de corazón intrépido, voluntad enérgica, capaz de concentrar su mente; y su carácter psíquico debe estar desarrollado. Todas estas cualidades son comunes á la magia blanca y á la negra; para la magia negra hay que añadir la ferocidad, la pasión y el deseo de venganza; y para la blanca, todo lo contrario. Estas ceremonias tienen por objeto invocar ciertos Devas ó habitantes de Bhuvarloka (plano psíquico) ó de Svarloka (plano Deva), según el caso. En todas ellas es necesario: (1) conciliar á los elementales y elementarios, y pedirles que no pongan obstáculos á la ceremonia; (2) poner la naturaleza interna del Sâdhaka *en relación* con el Deva; (3) Mantras; (4) Yantras; (5) volver propicios á los Avaranas ó ángeles que rodean al Deva; (6) invocar y volver propicio al Deva; (7) Stuti ó himnos en alabanza del Deva invocado.

La palabra Mantra se deriva de *man*, pensar, y *tra*, libertad. Los Mantras más importantes son los llamados Mantras de origen; son palabras que simbolizan ciertas ideas; cada Deva tiene un Mantra de origen que le es peculiar. Ningún Sâdhaka puede pronunciar un Mantra de origen sin pleno conocimiento de su significado. Hay algunos semejantes al nombre propio de un Deva. Un Yantra es una figura geométrica formada con polvos de diferentes colores. Hay diferentes Yantras para diferentes Devas; no hay dos exactamente iguales.

Ningún Mantra puede ser eficaz sin un previo Chaitanya Mantra (despertar del Mantra), pronunciándolo de cierto modo prescrito; y ningún Yantra puede tener efecto á menos que sea dibujado correctamente, que se usen los polvos de color en los sitios precisos, y que se escriban los Mantras, según está prescrito, en diferentes partes de la figura. En algunos casos puede sobrevenir la muerte al Sâdhaka, si un Yantra por cualquier accidente fuera injuriado. El Dhyânam de un Deva describe su Rûpa, miembros, color, ornamentos, armas y Vâhana. Para todo esto es necesario la concentración y *Japam*, ó repetir los Mantras. Hay diferentes sitios, días marcados de la semana, fases diferentes de la luna y horas del día que son favorables á la ceremonia de diversos Devas; la tarde ó la media noche, el sábado ó martes, luna nueva y un *ghât* ardiendo, son las circunstancias más favorables para las ceremonias de la Magia Negra.

Algunos Devas sólo pueden ser invocados por la Magia Blanca; otros son invocados por ambas, la Blanca y la Negra (siendo las ceremonias diferentes), mientras que sólo unos pocos se emplean para la Magia Negra.

Los fines que se proponen tales ceremonias, son varios: servir el país de uno, contrarrestar los efectos de la Magia Negra, obtener beneficios personales de los Devas y perjudicar á otros; estos son los más comunes. El perjuicio de otros por medio de estas ceremonias, tiene por objeto, ya el causar la muerte (á él mismo ó á un amigo ó pariente suyo); ya el perturbar su mente (ó la de un amigo ó pariente), ó ya el que su voluntad (ó la de un amigo predilecto ó pariente) sea subyugada por otra. Ha llegado á mi noticia un caso en que se causó daño á una persona haciendo que predominase la voluntad de un juez.

Tales ceremonias son peligrosas al Sâdhaka, particularmente las de la Magia Negra. He oído hablar de muchos casos de principiantes que han atraído sobre sí sufrimientos, sucediéndoles desgracias continuas y grandes; guardaban en profundo secreto sus obras Ocultas ó Sâdhana, hasta que de pronto otro Sâdhaka más experimentado adivinó la causa y reveló á sus amigos cómo pueden acaecer estas desgracias terribles. Esta fué la triste historia de un Brâhman que celebraba en secreto dichas ceremonias con miras egoístas, y en corto espacio perdió todo lo que tenía: riqueza, mujer, hijos, casa, todo.

Movimiento Teosófico.

América.

Madame la Comtesse Wachtmeister, continúa su excursión por la costa del Pacífico, dando conferencias y reuniones donde se trata de Teosofía, despertando en todas partes gran interés, y aumentando el celo de las Ramas ya fundadas.

En Victoria, Olympia, Roisé, Idaho, Salt Lake City, la ciudad de los Mormones, la Teosofía sigue prosperando. El Doctor Griffiths continúa su itinerario de conferencias en California. A orillas del Sound (á la derecha de Vancouver), la Condesa de Wachtmeister y Madame Anna Blodgett, han organizado una nueva Rama en Shelton.

Entre los miembros, y muy entusiasta, se halla Mr. David Shelton, de 70 años de edad, *el fundador de la ciudad.*

La Presidenta de esta Rama, llamada Rama Solaire, es Madame Kneeland, mujer de un senador del Estado.

En *Honolulu*, islas Hawaü, han organizado otra Rama, bajo el nombre de Aloha; monsieur Marqués, Presidente y Mr. Mark Robinson, Secretario.

Un periódico francés, *La Paix Universelle*, propone que visto el magnífico resultado del Congreso de religiones de Chicago, se celebre en París el año 1900, un Congreso mayor aún, que abarque todas las religiones, y formado de todos los que se dedican á investigar la verdad, siempre que se tenga por término común el progreso de la humanidad hacia un ideal elevado. No habrá discusiones contradictorias, sino que cada cual expondrá y sostendrá sus ideas libremente.

Dicho periódico apoyará con todas sus fuerzas el Congreso, que será exclusivamente religioso, metafísico, ocultista y espiritualista; nada de carácter político.

El *Lotus Bleu*, bajo estas condiciones, ofrece á los iniciadores de esta idea su apoyo y concurso, asociándonos nosotros en un todo al dicho periódico.

CUESTIONARIO

Desde que se fundó la revista Sophía, se tenía en proyecto dedicar algunas de sus páginas á contestar á aquellas preguntas conque nos honrasen todos cuantos se interesan en el conocimiento de la Teosofía, pertenezcan ó no á la Sociedad Teosófica.

Estimulados por el buen éxito que en esto ha alcanzado nuestro colega *Antahkarana*, y apreciando en mucho las peticiones hechas por algunos de nuestros lectores, desde el próximo número de Sophía, crearemos una sección titulada ***Cuestionario***, donde tendrán respuesta cuantas preguntas se nos dirijan respecto á la Teosofía.

1.° Las preguntas que se nos hagan con dicho objeto, han de ser claras y concretas.

2.° Las preguntas pueden ser formuladas por cualquier individuo, sea ó no miembro de la Sociedad Teosófica ó suscriptor de esta Revista, dirigiéndose *precisamente por escrito* al Director de este periódico, San Juan, 3 y 5, principal, derecha, y firmadas por el preguntante. Al insertarse, no se incluirá la firma y sí las iniciales.

3.° Las respuestas aparecerán en el número siguiente al en que se publiquen las preguntas, siempre que sea posible disponer del suficiente espacio para insertar todas las contestaciones que se reciban, reservando para el próximo número las restantes, cuando no haya posibilidad de insertar todas.

4.° Pueden darse dos ó más contestaciones á una sola pregunta, por lo que rogamos á todos los Teosofistas, sea el que fuere el punto donde residan, que nos favorezcan con su ayuda en este trabajo, remitiéndonos las respuestas que crean oportunas, suplicándoles lo hagan antes del día 1.° del mes siguiente á la publicación de esta Revista.

5.° La Dirección se reserva el derecho de no dar á luz aquellas preguntas y contestaciones que, por entrar en el dominio de lo esotérico, ó por cualquier otro motivo justificado, no crea conveniente publicar.

MADRID: Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.